

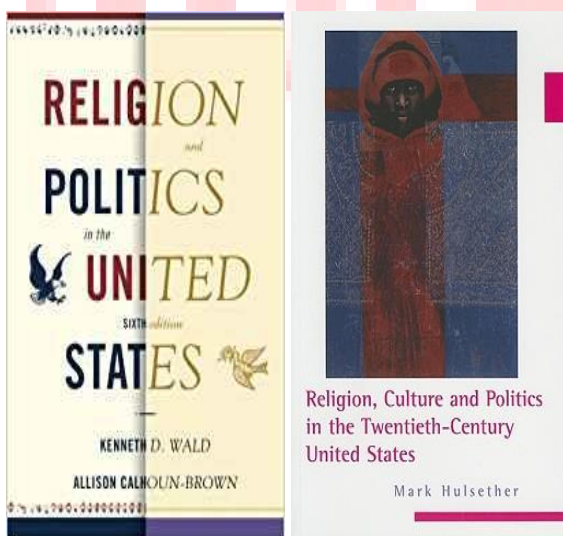
Reseñas y Ensayos Bibliográficos

10. Andrés Sebastián Diz *

Religión y política en los Estados Unidos de América

Ensayo bibliográfico sobre las obras de Kenneth D. Wald y Allison Calhoun-Brown (2011), *Religion and Politics in the United States*, Lanham, Rowman & Littlefield, 455 p.; y Mark Hulsether (2007), *Religion, Culture, and Politics in the Twentieth-Century United States*, Edimburgh University Press, Edimburgo, 249 p.

Kenneth D. Wald es un distinguido profesor de Ciencia Política en la Universidad de Florida. Además, es el co-autor de *The Politics of Cultural Differences and Private Lives, Public Conflicts: Battles over Gay Rights in American Communities*. Por su parte, Allison Calhoun-Brown es una profesora asociada de Ciencia Política en la Universidad del Estado de Georgia. Sus investigaciones, enfocadas en la religión y la política al interior de la comunidad afroamericana, han sido publicadas en revistas como *The Journal of Politics* y *The Journal for the Scientific Study of Religion*. Finalmente, Mark Hulsether es un profesor integrante del Departamento de Estudios Religiosos de la Universidad de Tennessee. Entre sus obras se encuentra *Building a Protestant Left: Christianity and Crisis Magazine, 1941-1993*.



A nivel historiográfico, ambos libros vienen a discutir la forma en que se ha tratado el estudio de la religión y su relación con la política en los Estados Unidos. Por un lado, Wald y Calhoun-Brown afirman que una gran parte de los investigadores dan por hecho el declive de la influencia religiosa en las sociedades industriales avanzadas, debido al proceso de secularización de la sociedad. En consecuencia, dejan de lado el análisis de la presencia de la religión en el ámbito político. En contra de esa idea, ellos buscarán demostrar en su libro que la

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-Mail: sebadtb@hotmail.com

religión es un elemento clave en el campo de la política estadounidense y que las influencias religiosas son visibles en todos los aspectos de la vida política. En otras palabras, establecerán que la fe provee una fuerte motivación para la actividad política. Por otro lado, Hulsether discute con dos campos académicos: los estudios sobre Norteamérica y los estudios culturales. Ambos, de carácter interdisciplinar, se centran en el concepto de hegemonía cultural. Según el autor, dichos campos tienden a ver a la religión como un obstáculo para la lucha hegemónica, debido a que la caracterizan como una forma estática de hegemonía conservadora arraigada en el pasado. Frente a estas ideas, Hulsether afirmará que la religión es parte de las luchas por la hegemonía cultural y, por ende, debe recibir una mayor atención tanto en los estudios sobre Norteamérica como en los estudios culturales. Partiendo de esa idea, el objetivo que persigue Hulsether consiste en establecer una visión general de la interacción entre las prácticas religiosas y las identidades, la competencia y el conflicto sociopolíticos, y las dinámicas más amplias en la cultura estadounidense. De lo anterior se desprende un segundo objetivo: que la obra sirva como herramienta que prepare a sus lectores en futuras investigaciones, estimulando el pensamiento crítico sobre las múltiples formas en que se puede interpretar la problemática de la religión.

En términos cronológicos, el libro de Wald y Calhoun-Brown abarca desde 1776, año en que se logró la independencia estadounidense, hasta fines de la primera década del siglo XXI. Hulsether, por su

parte, comienza su análisis a partir de la llegada de los europeos al territorio norteamericano en el siglo XVI y también logra abarcar los inicios del siglo XXI. La diferencia entre los recortes puede atribuirse al tipo de análisis en que se centra cada obra. Wald y Calhoun-Brown, al poner énfasis en las cuestiones políticas, inician su recorte cronológico con el proceso independentista y el consiguiente desarrollo del sistema político estadounidense, y tratan de establecer qué elementos provenientes de la religión influyeron en dicho proceso. Hulsether, en cambio, al enfocarse más en las prácticas religiosas y la cultura, se remonta al siglo XVI con el fin de demostrar que la base sobre la cual se asentaron los norteamericanos hacia 1900 fue creada por la historia de las relaciones entre nativos, blancos y negros.

Para empezar, Hulsether postula que, entre el primer contacto, situado hacia comienzos del siglo XVI, entre las sociedades nativas norteamericanas (descentralizadas, autosuficientes y con relaciones de género menos jerárquicas) y los europeos (compuestos al principio por católicos, anglicanos, puritanos y desinteresados por la fe) y las fases finales de conquista llevada a cabo por estos últimos sobre dichas sociedades, existieron períodos de paridad y respeto entre las dos partes. En ese contexto, los nativos adoptaron ciertas tecnologías europeas y con frecuencia se volvieron cristianos. No obstante, hacia el año 1900 la paridad entre ambas partes se quebró: los blancos terminaron de ocupar las tierras de los nativos, quienes fueron derrotados militarmente y diezmados por

enfermedad. Los hijos de los vencidos, a su vez, fueron adoctrinados en el cristianismo. En paralelo, llegaron esclavos negros provenientes del continente africano para reemplazar a los nativos como fuerza laboral. La mayoría de los esclavos practicaban formas tradicionales de religión de África Occidental, caracterizadas por el politeísmo y la veneración de los antepasados, por lo que sus dueños intentaron borrar aquellas prácticas. Sin embargo, lo que terminó sucediendo fue la creación de una forma distintiva de cristianismo, fuertemente apoyada en influencias africanas (por caso, el respeto hacia los antepasados, los cuentos populares y ciertos estilos de música y danza) y en las preocupaciones de las personas esclavizadas sobre cómo la religión se relaciona con el poder y la hegemonía. Teniendo en cuenta todo lo anterior, Hulsether concluye que la base sobre la cual se asentaron los estadounidenses hacia 1900 fue creada por la historia de las relaciones entre nativos, blancos y negros. Esa idea planteada por el autor resulta interesante, ya que permite ver el intercambio tanto cultural como religioso que se dio en Norteamérica, previo al surgimiento de los Estados Unidos, y considerar de qué manera se expresa en la actualidad de dicho país, ya sea con ciertas continuidades o cambios.

Una vez que Hulsether esboza la base sobre la cual se establecieron los estadounidenses hacia 1900, su investigación sobre la religión se despliega desde el siglo XX hasta la actualidad. Wald y Calhoun-Brown, por el contrario, consideran vital el análisis de la independencia de Estados Unidos y la

consiguiente formación de su sistema de gobierno. En principio, previo a la revolución de 1776, ellos establecen tres factores que ligaban a la política con la fe: la Biblia era el libro más familiar para el típico habitante de las colonias del norte de América, los estilos de predicación y adoración religiosos fueron trasplantados al ámbito político (utilizando, por ejemplo, las técnicas de persuasión masiva) y el entorno religioso fue un factor clave en el desarrollo de la unidad nacional entre los colonos. Para Wald y Calhoun-Brown, entonces, hubo una influencia del cristianismo protestante en la era de los Fundadores (aquellos que contribuyeron al nacimiento al país). Dicha influencia, según los autores, vendría principalmente del puritanismo (de raíz calvinista y distanciado del anglicanismo). Un planteo clave de Wald y Calhoun-Brown consiste en la idea de que del pensamiento puritano se desprenden tres elementos que demostraron ser de gran importancia para la práctica política estadounidense posterior: la teología del pacto, el énfasis en la total depravación de la humanidad y el concepto de pueblo elegido. En primer lugar, la definición característica de un pacto en la visión de los puritanos era la de un acuerdo voluntario, santificado por Dios, en el cual los individuos libremente entregaban su autonomía a cambio de algo de mayor valor. Las implicaciones políticas de la idea del pacto se volvieron importantes cuando los colonos trataron de justificar su decisión de cortar todos los lazos legales con Gran Bretaña (cuando el rey Jorge III dejó de respetar determinados derechos, la desobediencia hacia él se encontró justificada). En segundo lugar, el énfasis en

la total depravación de la humanidad incidió, entre otras cosas, en el hecho de que el sistema gubernamental surgido en 1776 fue armado por arquitectos políticos que partieron de la idea de que no se le podía confiar el poder a los seres humanos. Así, no era el objetivo de los gobiernos hacer que las personas fueran buenas, sino que su mayor aspiración debía ser someter los excesos más dañinos del comportamiento humano. Por último, los puritanos sentían que habían sido elegidos por Dios con el fin de traer redención a la humanidad y pensaban que su éxito o su fracaso afectarían a todos los individuos. Con este marco de fondo, el surgimiento de los Estados Unidos se consideraba como parte de un plan divino. Esta explicación ofrecida por los autores constituye uno de los puntos fuertes de su libro. Si bien para ellos sería exagerado considerar a la religión como el único factor que produjo importantes actitudes políticas en el imaginario estadounidense, ésta debe ser reconocida como una de las fuerzas que operaron en el desarrollo de la cultura política estadounidense.

Volviendo a Hulsether, en su libro se destaca la elaboración de un recorrido histórico acerca de las distintas religiones de Estados Unidos, que para el autor son consideradas como *key players* (tanto a nivel social como político y cultural). En ese sentido, es interesante el trabajo que realiza el autor basado en ubicar el momento en que se dio la aparición de cada *key player* y su posterior desarrollo. Por ejemplo, entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, se consolidó el deísmo: la importancia que le otorgaba a las leyes

morales, así como a la existencia de un creador divino tuvo influencia en figuras relevantes de la política estadounidense, como Thomas Jefferson y Benjamin Franklin. En la segunda mitad del siglo XX, por otro lado, los inmigrantes practicantes del budismo y el hinduismo se convirtieron en *key players*. En este caso, ambos credos crecieron rápidamente después de 1965 a través de la inmigración y la conversión. Con el tiempo, se produjo en ellos una profunda división entre los nuevos inmigrantes y los nativos conversos. A su vez, debido al intento de Hulsether de abarcar la mayor cantidad posible de confesiones religiosas presentes en Estados Unidos, en algunos casos le falta profundidad a su análisis (se percibe una tendencia a un mayor desarrollo de las religiones principales, como el catolicismo y los grupos protestantes, en detrimento de otras).

Por otro lado, en el libro de Wald y Calhoun-Brown se puede destacar el delineamiento de algunas fuentes que conllevan a la participación de los grupos religiosos en la política. En principio, se encuentra la identidad colectiva que otorga la religión: ella puede servir como una poderosa motivación para la participación política, dado que las identificaciones grupales proveen estructuras cognitivas a través de las cuales el mundo puede ser visto. Otra motivación está relacionada al estatus del grupo religioso: sus miembros pueden sentir que su prestigio o su forma de vida se encuentra bajo ataque y entonces actúan para proteger su rango y su influencia social. La teología es otro elemento clave: de acuerdo a los modelos que enfatizan la

movilización teológica o basada en el credo, las agrupaciones religiosas se vuelven políticamente activas porque desean la congruencia entre sus perspectivas confesionales y las políticas públicas. En este caso, dado que los miembros del clero tienen visiones del mundo más coherentes (a diferencia de los feligreses), son los únicos capaces de unir sus creencias religiosas con sus perspectivas políticas de forma más armónica. La última motivación sugerida por Wald y Calhoun-Brown reside en los intereses institucionales. Las escuelas religiosas, los grupos de interés y las asociaciones de caridad, por ejemplo, tienen una participación en determinadas políticas públicas y pueden intentar movilizar a los políticos en apoyo de sus causas. Es importante tener en cuenta que estos autores centran su análisis en los principales credos de Estados Unidos (católicos, protestantes y judíos), por lo cual, si se compara con la investigación más abarcativa propuesta por Hulsether, puede considerarse como una falencia.

Tanto Hulsether como Wald y Calhoun-Brown coinciden en que Estados Unidos es un país caracterizado por el pluralismo religioso. Dicho fenómeno fue posible, según los autores, porque el Estado desde su origen no apoya a una religión oficial. Esto ha dado lugar a la formación de un mercado libre en el que las confesiones religiosas compiten entre sí para sumar miembros a sus filas. Para inicios del siglo XXI, según los datos que proporcionan Wald y Calhoun-Brown, más de dos tercios del universo religioso es ostentado por tres grupos: católicos, protestantes evangélicos (tales como los adventistas y pentecostales)

y protestantes *mainline* (entre quienes se encuentran los episcopales, presbiterianos y metodistas, entre otros). La diferencia entre ambos grupos protestantes consiste, en parte, en que los primeros le asignan autoridad religiosa sólo a la Biblia, mientras que los segundos aceptan muchas fuentes diferentes de verdad religiosa. El resto de la población adulta se divide, en términos generales, entre protestantes afroamericanos y judíos.

Otro punto en común entre ambos libros reside en la discusión sobre el uso del concepto de guerra cultural. Su origen se encuentra en los planteos de A. Gramsci, en base a la existencia de una hegemonía cultural en manos de la clase dominante a la que se debía combatir con una fuerza contra hegemónica, capaz de cuestionar las normas y los valores tradicionales. Para Hulsether, dicho concepto sirve como marco para analizar ciertos cambios al interior de las confesiones religiosas. A partir de 1960, según este autor, se produjo en Estados Unidos una guerra cultural entre liberales y conservadores, que afectó a los credos. Ese fenómeno se dio en un contexto de quiebre del consenso social, debido al surgimiento de conflictos de raza y de género, a la guerra de Vietnam y a las incertidumbres del futuro del New Deal. Por un lado, comenzaron a haber grandes tensiones al interior de los protestantes, los católicos y los judíos, provocadas en parte por el debilitamiento de sus tradiciones culturales heredadas. Entonces, cuando sus miembros se involucraron en los conflictos sociales emergentes de la época, terminaron dividiéndose entre conservadores y liberales. De esta manera,

si bien el protestantismo, el catolicismo y el judaísmo tenían su propio carácter distintivo, la polarización en la que se encontraba la sociedad estimuló en el interior de cada uno de esos cultos el enfrentamiento entre un sector liberal y otro conservador. Ejemplo de esto eran los luteranos moderados que buscaban transmitir a la sociedad valores familiares tradicionales y, al mismo tiempo, repudiaban a aquellos luteranos a quienes veían cercanos al relativismo secular e incapaces de predicar el evangelio. Por otro lado, los líderes religiosos centristas, quienes daban por sentada su influencia a mediados del siglo XX, sufrieron un declive de su poder a causa de la disminución de las membresías y la pérdida de aliados en los círculos de elite. Finalmente, Hulsether aclara que, si bien la polarización de la guerra cultural es importante como marco analítico, no se debe exagerar su prevalencia: muchas personas no tomaron partido por una u otra posición extrema. Wald y Calhoun-Brown, por su parte, establecen que el consenso es más común en la opinión pública estadounidense de lo que podría sugerir la idea de guerra cultural. Las divisiones tajantes se producen únicamente en temas como el aborto, el matrimonio homosexual y la adopción gay, mientras que existe una amplia unanimidad de opinión sobre el papel de la mujer en la sociedad y las leyes para proteger a los homosexuales de la discriminación. Además, ellos consideran que las etiquetas utilizadas en la clasificación religiosa (términos como evangélico y *mainline* o liberal y conservador) son simplificaciones, y no distinciones rígidas entre enemigos acérrimos. Más allá del patrimonio

protestante que une a evangelistas blancos, evangelistas negros y protestantes *mainline*, los tres grupos comparten un compañerismo cristiano en común con los católicos y también son parte de una tradición judeo-cristiana más grande. A causa de estos orígenes en común, para Wald y Calhoun-Brown es posible encontrar factores progresivos y tradicionales operando en cada grupo religioso, evitando así una fuerte división en campos de guerra que indicarían la presencia de una guerra cultural. Estos autores, por lo tanto, descartan la validez de tal concepto como herramienta para el análisis sobre la religión. Una razón por la cual, según ellos, se piensa que la vida política estadounidense está religiosamente polarizada se debe en parte a que los medios masivos de comunicación trazan divisiones simplistas entre estados republicanos y demócratas o entre cristianos evangélicos y otras tradiciones religiosas con el objetivo de comunicar de manera más sencilla fenómenos políticos complicados. En síntesis, respecto a la discusión sobre el uso del concepto de guerra cultural en lo que refiere a la religión y su interacción con la política, Wald y Calhoun-Brown argumentan buenas razones para no utilizarlo. Hulsether, en cambio, tiene una visión más matizada sobre su uso: si bien no todas las personas se ubican en posiciones extremas, el concepto sirve como marco analítico. Y esto se expresa en su trabajo al repasar los cambios que ocurrieron al interior de las religiones a partir de 1960.

Luego de haber puesto en diálogo estas dos obras, se puede establecer que, aunque

parten de distintas miradas, ambas se complementan entre sí. En primer lugar, Hulsether traza un recorrido histórico sobre las religiones de Estados Unidos desde sus orígenes hasta los inicios del siglo XXI. En dicho recorrido, se analiza los cambios que han sufrido las religiones asentadas de forma temprana en el país como también el surgimiento de otras nuevas que se han convertido en *key players* a lo largo del tiempo (por ejemplo, luego de la Segunda Guerra Mundial, se produjo el aumento de la población musulmana en Estados Unidos, así como también comenzaron a llegar budistas e hindúes, adquiriendo de esa manera una mayor relevancia política, social y cultural). El libro de Wald y Calhoun-Brown, por su parte, aborda temas como la relación entre la religión y el Estado, la acción política que desarrollan los intereses religiosos y los intercambios que se dan entre la fe y la opinión pública. Por lo tanto, el recorrido histórico de las religiones delineado por Hulsether puede complementarse con el aporte de Wald y Calhoun-Brown acerca de las implicancias políticas que ellas han estimulado y desarrollado. En términos generales, las dos obras logran cumplir con sus objetivos. Por un lado, el libro de Hulsether puede considerarse como un mapa orientativo o una guía, como él mismo lo define, acerca de las distintas religiones que conviven en Estados Unidos. El camino histórico que ha atravesado cada religión analizada por el autor, junto con sus cambios internos y sus vinculaciones con la política, puede servir como una base para iniciar investigaciones más profundas. Por otro lado, Wald y Calhoun-Brown despliegan argumentos consistentes para

demostrar que la religión fue una de las fuerzas que operaron en la conformación de la cultura política estadounidense, en compañía de otras, y que ella provee una fuerte motivación para la actividad política. En algunos casos, hay una falta de profundidad en la explicación de Hulsether al momento de analizar algunos grupos religiosos. Wald y Calhoun-Brown, por su parte, se centran mucho en las religiones con mayor presencia en la sociedad en lo que a cantidad de fieles se refiere, y deja de lado a las minorías (lo cual se puede completar con la obra de Hulsether, reafirmando la idea de que ambos libros se complementan entre sí). Finalmente, teniendo en cuenta todo lo dicho hasta aquí, se considera que ambos libros realizan un aporte interesante y provechoso para abordar la interacción entre la religión y la política en los Estados Unidos.